



El
ENCANTO
del Mercado Central
LANUZA

Pilar Hernandis

**Para todos los niñ@s que visitan el Mercado
Central Lanuza de Zaragoza.**

EL MERCADO CENTRAL LANUZA,

Los personajes del mundo maravilloso de **Pilar Hernandis**, **Lassadí**, **Fabo** y **Luzmill**, nos ayudan en este relato a conocer mejor uno de los espacios históricos de Zaragoza de enorme valor cultural además del comercial que lo caracteriza. Es un mercado que seduce porque todo lo contiene, y ya veréis cómo visitarlo emociona y asombra tanto como la mejor de las experiencias únicas.

¿Entramos con **Fabo**, **Lassadí** y **Luzmill** y observamos todos los detalles? ¿Tal vez encontremos tesoros escondidos que nunca habíamos imaginado! ¿Los acompañamos en su apasionante recorrido? Nos sorprenderán las galerías, las columnas y capiteles, los emblemas y esmaltes de colores, pero sobre todo, el vitalismo desbordante de sus puestos repletos de productos aragoneses. Os aseguro que es tan reconfortante el paseo que podríamos -como **Luzmill**- alzar el vuelo hacia sensaciones desconocidas. ¡Nos sentiremos tan felices que sólo querremos volver y volver!

DONDE LA VIDA REBOSA

Félix Navarro quiso crear en 1903 un mercado útil y con buenos materiales pero bello y acogedor, donde los trabajadores y visitantes disfrutaran del gusto por una alimentación saludable y natural, y también de la comunicación y de la sana convivencia entre todos. Para ello, diseñó una decoración que representara estos valores y con la que pudiésemos admirar un edificio artístico lleno de alegría, mientras se comercia con gran ilusión para lograr el bienestar colectivo. El Mercado Central Lanuza es un orgullo para todos nosotros y por eso queremos cuidarlo y mejorarlo. No lo olvidéis: ¡Viva nuestro mercado zaragozano! ¡Será eternamente mágico!

CHARO SERRANO

Zaragoza, 2019

Lassadí era un gnomo que habitaba en un viejo olivo al pie de las aguas termales y minerales de los **Montes Cárpatos**. Durante más de doscientos años trabajó en unas famosas minas custodiando piedras preciosas y valiosos metales.

Hasta que un día, cansado de tanta rutina decidió cambiar de vida. Dejaría Rumanía y se trasladaría a otro país ya que sentía la necesidad de ver nuevos paisajes y conocer distintos seres, otras culturas.

Así que pensó en utilizar sus poderes mágicos. Se convertiría en saltamontes, mosca o quizás en pájaro. Pero, al final, Lassadí se transformó en un grillo sabio y de un salto se introdujo en la mochila de un excursionista “maño”.

Muy aprisionado, viajó durante unos cuantos días hasta que, por fin, el tren llegó a su destino y el viajero se apeó en el andén de la estación de Delicias en Zaragoza. Cuando tuvo ocasión el intrépido grillo saltó a la calle y, volando, recorrió un gran espacio. A Lassadí le fascinaron los entornos del Casco Viejo, la Plaza de España, el gran río Ebro.

Y eligió instalarse en su ribera, en El Balcón de San Lázaro, uno de los entornos más emblemáticos de la histórica ciudad, donde se libraron importantes batallas contra el ejército de Napoleón, en los Sitios de Zaragoza, durante la Guerra de la Independencia.



Aquella misma noche, en la Arboleda de Macanaz, el grillo estrenó su primer concierto. Al comenzar el soliloquio, entre las sombras del soto ribereño, fueron apareciendo un gran número de seres mitológicos: **hadas, ninfas, elfos, duendes...**

El sagaz insecto tuvo la necesidad de convertirse, otra vez, en **gnomo** para conversar con ellos.

Al principio todos huían de él asustados. ¡La transformación había sido tan sorprendente! Lassadí vestía túnica azul, pantalón marrón, cinturón rojo con hebilla dorada, botas negras y en su cabeza, muy apretado, llevaba un gorro rojo, largo y puntiagudo que no podía quitarse nunca, ya que si lo hacía perdía sus poderes mágicos.

Entonces Lassadí comenzó a comunicarse en su idioma autóctono, el **sindarín**; mas, por la expresión de las caras, advirtió que no entendían su lenguaje. Sigilosamente, se le acercó un **ent** guardián de los bosques, que, además de traductor, era un ser inteligente, híbrido entre hombre y árbol; sus brazos los formaban dos ramas con hojas verdes y sus piernas eran dos troncos largos. En varios idiomas interpretó a los oyentes cómo el **gnomo** había llegado hasta allí desde los montes Cárpatos.

Lassadí estaba muy interesado en conocer las tradiciones y ritos más importantes de la antigua Caesaraugusta. Dos **driadas** hechiceras, *con el pelo verde oscuro y poderes para hablar en varias lenguas con plantas y seres*, contaron al gnomo la historia de la Basílica de Nuestra Señora del Pilar, del antiguo Puerto Romano y también la leyenda del legendario Pozo de San Lázaro.



Lassadí se sentía feliz por haber elegido para vivir un lugar tan especial, tan simbólico.

Todos los días al amanecer, para poner su mente en funcionamiento, el gnomo daba un gran salto y se paseaba por el tejado del edificio más alto de la ribera del Ebro. Caminaba por él entre vuelos de palomas y acompasado por el alegre murmullo de las aguas del río Ebro.

Desde allí contemplaba la magnífica vista de la Basílica del Pilar, la Torre de la Catedral de La Seo y de las Iglesias de la Magdalena y San Pablo. Y también el poderoso y relevante Puente de Piedra, custodiado por cuatro leones alzados; obra del escultor Francisco Rallo. El león es el emblema de la bandera de la capital aragonesa.

Para bajar Lassadí daba otro salto, atravesaba la ribera, cruzaba el puente de Santiago y llegaba hasta el **Mercado Central Lanuza** construido por el Arquitecto Félix Navarro e inaugurado, en 1903, monumento Histórico Nacional desde 1978 y Bien de Interés Cultural desde 1982, centro comercial de encuentro y convivencia de los aragoneses.

En el **Mercado Central**, casi siempre, Lassadí se encontraba con su buen amigo Fabo. Fabo era un duende de luz muy sabio (*vigilaba y protegía el Canal Imperial de Aragón, desde hacía más de cien años*). Después de saludarse, comenzaban a degustar fruta fresca, queso, frutos secos; más tarde, se cruzaban al paseo de la ribera del río Ebro para ver el nivel de agua que las corrientes llevaban.



Y **Lassadí** y **Fabo** regresaban de nuevo al **Mercado**. A veces, comentaban orgullosos que aquel edificio desprendía humanidad; era icono de la alimentación y la comunicación, todo él sustraba Arte.

Durante su trayecto, hablaban del tiempo, de cómo les gustaba convivir en la naturaleza y con los seres humanos; también de los astros del cielo y de sus experiencias prodigiosas. Para despedirse, chocaban sus manos y, sonriendo los dos a la vez, se decían: amigo, nos veremos pronto.

Lassadí, antes de regresar a la arboleda, visitaba la Plaza del Pilar, centro de la vida social, cultural y turística de la ciudad de Zaragoza; se subía a la estatua del famoso pintor Don Francisco de Goya y Lucientes, situada frente al Ayuntamiento, entornaba los ojos y, soñando, se elevaba un palmo. Al momento, el cierzo se convertía en acordes de guitarra y el **gnomo** tarareaba unas jotas.

Por visitar Zaragoza,
dejé mi país un día
y me quedé para siempre;
encontré paz y alegría.

En esta hermosa ciudad,
me siento muy protegido
por la Virgen del Pilar
y la bendición del río.

